Iktan El curandero Maya

José Luis Vázquez

Iktan
El Curandero Maya

José Luis Vázquez

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
© José Luis Vázquez, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-81-5
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-25506-2023

Para Marta

Hay pueblos desequilibrados:
con buena gente y malos políticos.

Después de hoy
comenzaré la distancia.
Mañana habrá lágrimas,
suspiros y un nombre.
Después
suspiros y un nombre.
Y más lejos
sólo será un nombre.
HUMBERTO AK´ABAL

1

Emma giró la cara, se llevó la almohada a la boca y ahogó un grito contra ella, mientras cerraba los ojos. Le aparecieron unas finas arrugas en la frente, se le pronunció el surco nasogeniano y se mordió los labios. Dejó caer la almohada y se tapó los ojos con las dos manos.

—Dios mío, qué bueno —dijo Pol, que la miraba satisfecho.

La besó en los labios con ternura, brevemente. Luego levantó el culo, casi amarillo, como las hojas de un libro antiguo y se dejó caer a su lado.

Pol vio el techo blanco, con unas pequeñas manchas de moho, pero enseguida se fijó en la esquina de la habitación, entre el techo y las dos paredes, a su derecha, donde una enorme araña habitaba el rincón y se dijo que luego no debía olvidarse de matarla.

A esa hora de la mañana, el sol todavía era un rumor que corría por la cresta de los edificios que rodeaban el barrio de Gracia. Emma se giró hacia él, sonriendo, lo abrazó por el cuello y colocó su pierna izquierda sobre el sexo de Pol y le dijo:

—Te quiero.

Él iba a decirle algo cuando sonó el móvil sobre la mesita de noche; se sobresaltó y se giró para mirarlo.

—No lo cojas —le dijo ella, apremiándolo.

—Debo cogerlo —respondió Pol, con una mueca de disgusto.

—No debes, no lo cojas, por favor —insistió ella, agarrándole el brazo derecho.

—Quizás es la felicidad y no me enteraría de lo que quiere contarme. —Rio él, desasiéndose de su garra.

—La felicidad esta aquí, con nosotros. —Rio ella, girándole la cara con la mano.

Pol se revolvió, deshaciéndose del abrazo y la pierna de ella y cogió el móvil. Emma cruzó los brazos encima del pecho.

—Dígame —dijo Pol.

—Iktan a muerto. —Oyó, sin escuchar lo que le habían dicho.

—¿Quién es? —preguntó Pol como un autómata.

—Soy yo, Pedro Benítez —dijo una voz seria y apesadumbraba.

—Ahhh, ¿qué tal Pedro?, ¿qué me decías?

—Parece que estas dormido todavía —dijo Pedro Benítez, añadiendo—: Te he dicho que Iktan ha muerto. Pensé que te gustaría saberlo.

—¡Ostias!, ¿Iktan ha muerto? —preguntó Pol, como si no lo hubiese escuchado bien, incorporándose y sentándose, contra la pared, apoyando la espalda en la almohada.

—Sí, ha muerto, lo siento —le ratificó Benítez.

—Vale, gracias por llamar Pedro —contestó Pol, pausando las letras, conmocionado.

—Lo asesinaron —añadió una voz fina y precavida desde el otro lado de la línea, antes de colgar.

—¿Cómo? —preguntó Pol, a nadie—. ¡Me ha colgado! —añadió nervioso, dejando caer el móvil.

A su lado, Emma, que había escuchado la conversación enfurruñada, al oír preguntar a Pol «¿Iktan a muerto?» se había girado hacia él, preocupada, y también se sentó en la cama.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Pol se había levantado de la cama al comenzar ella la pregunta y se estaba poniendo una bata de casa, de seda en color azul. Con cara de preocupación y desasosiego, él la miró y tardó unos segundos en contestar a la angelical Emma, que Pol había descubierto que, en determinados momentos, como cuando las cosas no salían como ella esperaba, se convertía en una mujer de mirada fuerte, de hablar amable, pero tajante.

—Han asesinado a Iktan —le contestó Pol.

—¿Quién es Iktan?, ¿un amigo?, ¿alguien de tu familia? —Se interesó Emma.

—Un curandero maya. He de viajar —contestó Pol, demorándose, incómodo.

—¿Viajar? —dijo Emma, contrariada y disgustada.

—Sí. Tengo que ir a Guatemala. He de averiguar qué ha pasado. Y quiero acudir al funeral —respondió decidido Pol.

—¿Es imprescindible? —preguntó la joven, añadiendo a continuación—: Recuerda lo que me dijiste sobre que se habían acabado los viajes.

Él la miró desorientado, sin prestarle atención. A su cabeza solo acudían imágenes de hace unos años con Iktan.

—Sí, lo es —murmuró Pol mientras salía de la habitación.

Emma no añadió nada más. Su cara era el poema del enojo. Se levantó, se puso encima la bata blanca y se fue a la ducha.

Pol se sentó en una silla frente a la mesa de la cocina y comenzó a realizar gestiones con el móvil: llamó a Pedro Benítez, pero no lo encontró en la redacción; probó con Marisa, la

secretaria de Pedro, y la mujer le informó de que el director del periódico había salido y no le había dicho a donde; buscó en Google vuelos inmediatos a Guatemala y encontró dos para el día siguiente a la misma hora, uno con Iberia-British y otro con American Airlines y una escala, pero le dio error al intentar hacer una reserva en las dos compañías; buscó noticias sobre Iktan y sobre Chimay. Finalmente, con la sensación de haber perdido el tiempo, de que nada valía la pena, de que todo era inútil, insustancial y… como si se le hubiese aparecido el ángel Gabriel, se acordó del polvo con Emma.

Se relajó y llamó a la agencia de viajes que tramitaba todos los desplazamientos para el periódico y encargó un billete para volar a Guatemala al día siguiente.

Emma salió de la ducha, con un albornoz blanco encima, el pelo mojado y, en la cara, el poema: enojada sin remedio. Pol, todavía inquieto por la noticia sobre la muerte de Iktan, no le dijo nada, pensó que pronto se le pasaría el enfado; no entendía qué es lo que la había molestado de ese modo.

Al salir de la habitación, ya vestida para ir a trabajar, Emma tenía una mueca de preocupación y disgusto en la cara. El cabello le brillaba, seco, lacio y ondulado en las puntas. Se preparó el desayuno: tomó la leche con café de pie y mordió una madalena. Se colocó el bolso en el hombro y salió a la calle sin despedirse de Pol. Tampoco se acordó de Ra, su gatito que esperaba las caricias detrás de ella y que se quedó mirando la puerta sin entender su falta.

Mientras Emma desayunaba airada, Pol se secó, se vistió con lo primero que cogió del armario, se peinó, deprisa y con ansiedad y, cuando llegó a la cocina, Emma no estaba. Reparó en la ausencia, pero volvió a asaltarle el recuerdo de Iktan y no

le dio la importancia que, en cualquier otro momento, le hubiera concedido.

Sin desayunar, salió a la calle, paró un taxi y le ordenó que le llevase a la redacción del Noticiero Popular, en la Diagonal.

—Junto a la Illa —le aclaró al taxista.

Se distrajo mirando por la ventana: había mucho tráfico y muchas personas por las aceras, unas caminando a paso rápido, otras, en chándal, corriendo y, algunas, con patinete eléctrico. Un hombre caminaba desnudo y del pene le colgaba una pequeña campana; la gente se lo quedaba mirando sorprendida y sonreía. Por un momento, Pol olvidó el enfado de Emma y la muerte de Iktan.

2

Pol esperaba sentado en el sofá del comedor, con un vaso de tónica con hielo en frente suyo. Había preparado una pequeña maleta con ropa y la mochila, con el portátil y la documentación que recogió en el Noticiero sobre el caso Iktan, que llevaría al día siguiente de viaje.

Eran más de las 18.00 horas y Emma todavía no había llegado como era su costumbre. Una luz débil atravesaba las cortinas y dejaba en la penumbra gran parte de la estancia. Ra inmóvil, en la otra punta del sofá, miraba a Pol, con los ojos verdes bien abiertos.

Repasó mentalmente que no se dejase nada importante que debiese llevar. Revisó el pasaporte y la fecha de caducidad: estaba en orden, hasta el año siguiente en diciembre no le tocaba renovarlo.

—¡El Covid! —se dijo en voz alta—. Seré capullo. A ver si llego allí y no me dejan entrar.

Sonó el móvil, Pol se levantó y cogió el teléfono de la mesa. Ra no se inmutó y lo siguió con la mirada. Pol miró la pantalla, era la agencia de viajes.

—Señor Pol, lo siento, mañana no puede viajar a Guatemala, ayer Iberia dejó de operar con ese país por la pandemia. —Oyó decir al otro lado.

—¿Ayer? —preguntó Pol, aturdido, mientras miraba por el hueco entre las cortinas de la ventana del comedor las caprichosas y pequeñas nubes blancas que danzaban en el cielo.

—Sí, ayer. Día 13 de marzo. Han prohibido los viajes procedentes de China, Europa y otros cuantos países —aclaró la voz sin sexo.

—¡Ostias con el Covid! ¿Y qué se puede hacer? —se lamentó Pol.

—Podemos sacarle un billete a México, a Chiapas o a Cancún, y desde allí puede intentar acceder a Guatemala en coche. No será fácil, pero no se me ocurre nada más —sugirió la voz estentórea.

—Adelante. Saque el billete de ida a México, al aeropuerto más cercano a la frontera de Guatemala. Resérveme un coche en el aeropuerto. Ya me las ingeniaré una vez allí —dijo Pol, resignado.

—Tendrá que ser con dos escalas como mínimo. No hay otra cosa para mañana —añadió la voz aflautada del trabajador de la agencia de viajes.

—Es igual. Sáquelo. Qué le vamos a hacer.

Un nudo en el estómago lo agarró y lo encogió y lo obligó a sentarse. Iktan muerto, la peste lo cierra todo y Emma no ha venido. "¿Qué está pasando?", se preguntó

Sonó una alarma de WhatsApp en el móvil que había dejado tirado sobre el sofá, junto a donde Ra continuaba impasible. Lo cogió, lo encendió y vio un mensaje de Emma, lo abrió con apuro:

No quiero volver a verte. Te voy a bloquear después de enviarte este mensaje. No me busques. Déjame en paz. Ya estoy harta de tus viajes, de nuestra vida.

Azorado, inmediatamente después de acabar de leer el mensaje de WhatsApp, Pol llamó a Emma. No daba señal. Lo intentó varias veces, pero sin éxito. Llamó a la oficina de la agencia de publicidad en la que trabajaba. Le cogió la llamada Lluís, el director de *marketing*.

—Hola Pol. ¿Qué te cuentas? —le dijo, con una voz que a Pol le sonó desconfiada.

—¿Esta Emma por ahí? —preguntó de inmediato, sin dejar acabar la frase a Lluís.

—¿Emma? No. Se despidió y se marchó, sin más. Nos ha dejado a todos pasmados —le informó el director.

—¿Se despidió? ¿Cómo que se despidió? —preguntó Pol alzando la voz, sobrepasado.

—Pues eso, que pidió la cuenta, el finiquito, nos dio un abrazo y nos dijo «adiós», sin más —aclaró Lluís y, con un tono de preocupación, añadió—: ¿No lo sabías?, ¿ha pasado algo?

—No… nada —acertó a decir Pol, colgando de inmediato, acordándose de la araña.

Fue a por la escoba que estaba en el lavadero, la cogió con las dos manos, con las fibras de coco del cabezal hacia arriba, y se acercó a la habitación donde por la mañana había hecho el amor con Emma. La cama continuaba deshecha, los calcetines, las bragas, los calzoncillos y una camisa estaban en el suelo. Olía a sudor, a humedad y sexo. La araña seguía en el cantón. Ra le había seguido y se ocultó a los pies de la cama, sin perderlo de

vista. Pol acercó el cabezal de la escoba al artrópodo y lo aplastó de un golpe rápido y furioso

—Maldita Emma. ¿Qué coño ha pasado ahora? —preguntó, mientras observaba el cuerpo de la araña en el suelo retorcido y sin patas.

3

15/03/2020

Subió al avión, buscó su asiento, 28A, junto a la ventana. Colocó la pequeña Samsonite negra en el maletero y la mochila North Face Jester bajo el asiento que tenía delante. Se sentó. Se abrochó el cinturón y miró fuera por la ventanilla, mientras continuaban entrando el resto de viajeros e iban ocupando sus asientos, sorteando los obstáculos que encontraban en el pasillo. Fuera, un operario traía un remolque lleno de maletas que acercó hasta la bodega del avión. Pol veía sin mirar. Tenía la cabeza espesa, con la sensación de no haber dormido en toda la noche, preocupado a ratos por Emma y a ratos por lo que hubiera podido pasar con Iktan. Un ruido, como de gallinero alborotado, lo sacó de su bruma mental y dejó de ver al operario de las maletas para mirarla a ella, abriéndose paso por el pasillo.

No tendría más de treinta años. No llevaba puesta mascarilla. Los ojos redondos y brillantes desprendían una alegría y despreocupación que lo sorprendieron. Se abrió paso con dificultad, pero sin vacilaciones. Al verla venir, una joven que no encontraba su tarjeta de embarque buscó refugio, con la cabeza gacha, en el lateral; una niña pequeña se metió de inmediato en un asiento vacío para dejar pasar a Tutu Marambá; el azafato se puso de lado, aspiró aire y encogió el estómago, intentando adelgazar